



Luis Balcarce

PRISA

LIQUIDACIÓN DE EXISTENCIAS

FOCA

Luis Balcarce

Prisa

Liquidación de existencias

Prólogo de Raúl del Pozo



En el principio existía Jesús Polanco..., pero pronto apareció Juan Luis Cebrián, y entre ambos celebraron el pacto de sangre que está en el origen de *El País*. Desde entonces son muchos los hitos que jalonan el devenir de Prisa y de su principal periódico: el asalto de Polanco al accionariado del gran grupo mediático a comienzos de los años 80 (y su historia oculta); la realidad de la «Operación Trevijano»; el caso Sogecable; el rescate de la bancarrota por el *establishment* político y empresarial español a fondo perdido, con el patrocinio de una Gobierno del PP que necesitaba *El País* como punta de lanza contra el golpe separatista catalán, o la batalla final entre los fondos buitres y un Cebrián que les

retó a desbancarle, con una advertencia que sonó a intimidación: «Prisa soy yo».

De todo ello se habla en este libro, una rigurosa investigación que ofrece un retrato descarnado del mayor grupo de comunicación español de la democracia, de sus días de gloria y de su decadencia.

«Luis Balcarce ha ideado esta historia como un detective de gabardina y bloc de notas. Pensaba el autor que en la historia del periodismo español había, metafóricamente, muchos asesinatos sin resolver y ha vuelto a los lugares del crimen.» (Raúl del Pozo)

Luis Balcarce (Buenos Aires, 1973) es periodista y jefe de redacción de *Periodista Digital*, uno de los periódicos digitales más leídos de España. Tertuliano de radio y televisión, es experto en la información sobre medios de comunicación. Ha sido subdirector del programa *Rojo y Negro* en Radio 4G, jefe de redacción del *Diario Exterior.com* y columnista de *Libertad Digital*, entre otros medios.

me lo lleve calentito». Una empresa donde se valoran más las fidelidades que la eficiencia.

La revolución digital fue un indescifrable enigma que dejó a los «capos» de PRISA fuera de juego. Internet fue un misterio bíblico para Cebrián. Incluso así, le dedicó en 1998 un libro titulado *La Red*, plagado de lugares comunes donde presumía de su faceta de gurú tecnológico. Pero Cebrián no era Nicholas Negroponte. Y la prueba es que fue incapaz de predecir que la tierra prometida no estaba en el fútbol sino en las redes sociales y los móviles. Cuando lo descubrió, ya era demasiado tarde: «Los periódicos somos zombis. Ya nos hemos muerto. Lo que pasa es que, como buenos zombis, nos negamos a admitirlo», reconoció. «Cuando me preguntan cuándo van a morir los periódicos, les digo que ya estamos muertos». Pero esa muerte anunciada, que tuvo un coste brutal en términos de recursos humanos, traducido en despidos masivos y una enorme pérdida de credibilidad para los medios de comunicación del grupo, podría haber sido atajada si la cúpula de PRISA hubiera acometido a tiempo los cambios estructurales en lugar de llenarse los bolsillos con bonus y salarios estratosféricos mientras mendigaba dinero a los fondos buitre. Así se lo hizo saber a Cebrián su propio periódico con una letal viñeta del Roto: «El papel no tiene futuro... ¡menos el de los billetes, claro!».

Un año antes de que PRISA se entrapara hasta las cejas con más de 2.000 millones de euros para hacerse con la totalidad de Sogecable, Google se había hecho con YouTube por «sólo» 1.300 millones de euros en 2006. Mientras unos descifraban el futuro, otros seguían congelados en el tiempo. Y cuando fueron al río para buscar las pepitas de oro del fútbol de pago, se encontraron con que los bancos se habían quedado hasta con las excavadoras.

Otra historia del grupo PRISA

Ser periodista es como volver a la escena de un crimen: quizá por eso en el imaginario colectivo los periodistas y los detectives comparten gabardina, boli y bloc de notas. En la historia reciente del periodismo español había muchos «crímenes» sin resolver. Eso es lo que hacía indispensable escribir una nueva biografía del Grupo PRISA que cubriese

lagunas e imperdonables olvidos de otros autores que me precedieron en esa tarea y a los que, pese a su indisimulada admiración por las figuras de Polanco y Cebrián, no hay que restarles ningún mérito[16]. Este libro les debe mucho. Este libro aspira también a ser una reflexión sobre nuestra profesión periodística, una cura de humildad como la de aquel ministro de la Transición que, cuando su secretario le avisó de que los periodistas le esperaban fuera de su despacho, dijo solemne: «Que pasen y coman».

Un retrato descarnado del mayor grupo de comunicación español de la democracia, de sus días de gloria y de su decadencia. El lector encontrará nuevas e inéditas revelaciones sobre el pacto de sangre entre Juan Luis Cebrián y Jesús Polanco en los inicios de *El País*; la historia oculta del asalto al poder de Polanco en el accionariado de PRISA a comienzos de los años ochenta; la verdadera historia de la «operación Trevijano» y de cómo el abogado republicano perdió su pulso contra *citizen* Polanco; una hipótesis sobre la auténtica identidad del «cerebro» de la cacicada mediática que se conoció como el «antenicidio» y que permitió que el PSOE de Felipe González ganara unas elecciones que tenía perdidas; descubriremos al protector político de Cebrián y Polanco en el caso Sogecable, que intercedió por ellos para que se librasen de ir a la cárcel por apropiación indebida y estafa, el papel esencial que desempeñaron el juez Baltasar Garzón, la «Tijuana Connection» y la estremecedora confesión que me hizo Gómez de Liaño: «Hubo jueces que recibieron “distracciones” por parte de Polanco»; analizaremos el 11M informativo de la cadena SER, los engaños y desengaños del Gobierno del PP y cómo los que gritaban «Aznar, asesino» delante de la sede de la calle Génova el 13M se convirtieron años después en la tercera fuerza política en el Parlamento español; analizaremos cómo PRISA fue rescatada por el *establishment* político y empresarial español a fondo perdido, rescate patrocinado por un Gobierno del PP que necesitaba a *El País* como punta de lanza contra el golpe separatista catalán; y cómo fue la batalla final entre los fondos buitres y un Juan Luis Cebrián que se atrevió a decirles a la cara: «PRISA soy yo».

En el momento de escribir estas líneas, *El País* publica un artículo titulado «PRISA abre una nueva etapa», en el que el grupo anuncia a bombo y platillo que, gracias a su última ampliación de capital y a la venta de la portuguesa Media Capital, se conseguirá una reducción de deuda de 771 millones que dejará el endeudamiento neto de PRISA en 660 millones

hombre sensato, práctico y con los pies en el suelo. Después, con el trato, me pareció enseguida un hombre notablemente ambicioso y no comprendo por qué la ambición necesariamente tenga que juzgarse como un dato negativo», recordaría Darío Valcárcel, uno de los fundadores de PRISA y quien años después sería su mayor enemigo en la guerra accionarial para controlar *El País*. «Era un hombre con facciones muy propias de los cántabros, con las características y cualidades de las gentes de aquella tierra, que se explicaba siempre con claridad, no sé si con sinceridad, pero sí con claridad. Además, tenía cierta capacidad para convencer a sus interlocutores y, lo que es poco usual en España, era moderado en sus expresiones y hablaba menos de lo que escuchaba. En 1973, Carlos Mendo, a pesar de desempeñar el cargo de consejero delegado en la empresa que habíamos formado, apenas confía en la viabilidad del proyecto y decide marcharse a Londres con el entonces embajador de España, Manuel Fraga. Ortega Spottorno y yo pedimos, pues, a Jesús Polanco que formara parte de la comisión delegada de la empresa; incluso tuvimos que convencerle, porque él también tenía serias dudas sobre el futuro de nuestro proyecto, se lo pensó durante un tiempo y finalmente aceptó. Vio claramente que el panorama de la información y de la prensa tendría que cambiar en España, se puso manos a la obra y modificó el proyecto inicial que habíamos preparado, dándole una cierta coherencia empresarial de la que posiblemente en parte carecía»[8].

Los inicios de *El País*

Polanco fue determinante en la salida de *El País*. El cántabro dio sobradas muestras de tesón y carácter al avalar con su patrimonio un crédito del Banco Atlántico para la nueva rotativa de Miguel Yuste y pagar de su bolsillo los primeros sueldos de la plantilla. No menos esencial fue el papel de Ortega Spottorno —a menudo menospreciado por Cebrián por carecer del «aliento empresarial de los emprendedores»—, el hombre que se pateó media España del tardofranquismo paseando la gorra para juntar el capital inicial de *El País*. En 1966, José Ortega Spottorno había fundado Alianza Editorial, de la que fue consejero delegado y cuyos libros de bolsillo, a un precio razonable y con las míticas cubiertas ilustradas por Daniel Gil,

pondrían en contacto a miles de lectores españoles con autores de prestigio nacionales y extranjeros. Y el diario que le dio fama y fortuna a Cebrián salió a la calle gracias a los oficios de un Ortega Spottorno que fue, como él decía, el que «trajo las gallinas», el que se dejó la piel para conseguir el capital inicial de PRISA. Lo que no sabía Ortega era gestionar, pero demostró ser un emprendedor infatigable. Pagó caro sus errores en Alianza Editorial y acabó siendo un títere en manos de Polanco.

Tras la capitulación del bando accionarial rebelde en 1983, un victorioso Polanco asalta el Consejo de Administración y sienta en él a su guardia pretoriana para que le cuide las espaldas. Entre sus abnegados incondicionales se encuentran sus dos chicos de oro, Javier Baviano y Juan Luis Cebrián; el abogado de Ruiz-Mateos y «fontanero» Matías Cortés; el director del Banco Urquijo, Gregorio Marañón; el acaudalado industrial valenciano Álvaro Noguera[9]; su socio y amigo Francisco *Pancho* González; el empresario Fernando Pérez-Mínguez Gutiérrez-Solana[10] – cercano del Opus Dei y del entorno del millonario Gregorio Diego Jiménez, que llevó a la quiebra al Banco Occidental, y cuyo integrismo católico no le impidió acatar la línea anticlerical de los medios de Polanco–; el médico Manuel Varela Uña, casado con una *beautiful* de los Entrecanales, segunda fortuna de España a finales de la Transición y uno de los principales contratistas de las grandes obras del Estado; y su amigo y exsecretario general de Educación con Franco, el diplomático colombiano Ricardo *Jolines* Díez-Hochleitner, a quien tantos favores le debía por Santillana. Un año después amplió su círculo de confianza colocando en el Consejo al clérigo, teólogo y editor Jesús Aguirre, segundo marido de la duquesa de Alba; al presidente *in pectore* del Real Madrid, Ramón Mendoza[11] (un premio de Polanco por haber perseguido hasta la extenuación a Antonio García Trevijano para convencerle de que le vendiera su botín de acciones al patrón) y al exdirector de *Informaciones*, Jesús de la Serna[12], mentor y amigo de Juan Luis Cebrián, a quien recompensó con ese cargo por haberle diezmando la redacción del diario *Informaciones*. El Consejo de Administración de la empresa editora del diario de la izquierda socialdemócrata y la biblia del progresismo se convirtió en un selecto club privado de los amigos millonarios de Polanco. Tienen oídos y ojos en todas partes, y conforman una red de observadores que poseen información, influencia y poder. Viven en las sombras, jamás dan entrevistas y están

dispuestos a aplastar *manu militari* cualquier voz discrepante. La presencia de amigos y socios con lealtades inquebrantables hacia Polanco ha sido una regla de oro durante décadas en PRISA a la hora de conformar el Consejo de Administración. Polanco se hará con el poder total desbancando a Ortega Spottorno de la presidencia en junio de 1984[13]. A partir de ese momento, ya no se escucharían voces disidentes en el Consejo. «Además de dinero y olfato, Polanco tuvo suerte. Salvó a Ortega Spottorno de un desliz en Alianza Editorial[14] y, a cambio, le catapultó a la presidencia honoraria de la empresa, pasando él de consejero delegado a presidente ejecutivo», apunta Martín Prieto. El cántabro ya era dueño del periódico más leído de España, al que llevaría a buen puerto durmiendo con el poder, fuera del signo que fuera: –«tú no sabes, Juan, lo que es todavía un editorial de *El País*», le advirtió una vez al «telefónico» Juan Villalonga[15]–. Su capacidad de fuego se traducía en vender en los quioscos 420.000 ejemplares diarios y un millón de ejemplares los domingos. Anson lo sintetizó así: «El sectarismo excluyente de *El País* sólo considera como “los nuestros” a una parte menor de la izquierda, la que ha aceptado, genuflexa, salvo contadas excepciones, las directrices del periódico»[16]. Pero su plan era expandir la sociedad a «toda clase de medios de información y comunicación social». Había puesto el ojo en la radio más escuchada de España y estaba enrabiado con tener una televisión. Nadie tendría los cojones de negársela.

Un niño «flecha»

Su madre le llamaba Jesúsín. Fue el menor de una familia de seis hermanos, de derechas de toda la vida. Jesús Polanco nació en Madrid el 7 de noviembre de 1929. Apenas contaba con seis años cuando su tía Marina le dio cinco duros por cantar el *Cara al sol*. La Guerra Civil sorprendió a la familia Polanco en Madrid preparando las maletas para pasar las vacaciones de verano en Santander. «El padre, Manuel Polanco, ya se encontraba en la ciudad cántabra, organizando las propiedades y el testamento como albacea de un tío suyo, Juan Polanco Crespo, senador durante la monarquía, que acababa de morir. Manuel era un hombre de derechas, presidente de la patronal de hostelería, por lo que el mismo 18 de julio de 1936 por la tarde

CAPÍTULO IV

El pacto de Sacha

—¿Tú eres Juan Luis Cebrián? –le preguntó Polanco.

—Sí, soy yo.

—Pues tú y yo tenemos que hablar de *El País*.

(Madrid, 1975)

La génesis del diario llamado a ser el símbolo de una Transición sin traumas está escrita con puñaladas y disparos a quemarropa. La victoria de Polanco en la guerra accionarial librada en El País entierra el sueño de un diario sin accionista mayoritario. Control total del periódico en manos de la «triple alianza»: Polanco, Cebrián y Baviano. La historia jamás contada de la «operación Trevijano». Polanco compró acciones con dinero negro.

La idea original del diario *El País* perteneció a Carlos Mendo y Darío Valcárcel. La historia de *El País* debe mucho a estos dos periodistas que lucharon, junto con José Ortega Spottorno, para que el diario viera la luz. Con Manuel Fraga como su mentor y referente, Mendo fue repescado en 1970 por el *ABC* tras ser destituido como director de EFE. En el diario de Guillermo Luca de Tena hizo buenas migas con Valcárcel, un joven de familia aristocrática, hijo del segundo marqués de O'Reilly, monárquico fiel a don Juan de Borbón y protegido de José María Areilza, ministro de Asuntos Exteriores de Arias Navarro y eterno aspirante a candidato de presidente del Gobierno. «Mendo y yo comenzamos a hablar casi todas las tardes, de 20:00 a 22:00, y muchas noches, hasta la madrugada. No sabría decir cuál de los dos imaginó primero un nuevo periódico. Franco moriría pronto, el *momentum* estaba ahí», recuerda Valcárcel^[1]. Ambos jóvenes veían un espacio político por ocupar entre la derecha cerril e inmovilista y la izquierda marxista y revolucionaria. Allí debía estar *El País*. «Le vendimos la idea a Guillermo Luca de Tena –relata Valcárcel–. Mendo y yo éramos empleados cualificados de Prensa Española, editora de *ABC*, y resultaba normal que pensáramos en él para incorporarlo a la aventura. A

Guillermo le encantó la idea, pero unos días después nos dijo que lo sentía mucho, que lo había hablado con su padre [Juan Ignacio Luca de Tena] y que no lo veía factible. Me vi obligado a marcharme de ABC porque yo sí creía en esa idea»[2]. Se lo fueron a proponer a Manuel Fraga, el hombre del porvenir, que vio en esa idea la plataforma ideal para su promoción como esperanza blanca del posfranquismo. Les dijo que «muy bien, me apunto, pero busquen más apoyos». Valcárcel fue a ver a su amigo Miguel Ortega Spottorno, el hijo mayor del filósofo José Ortega y Gasset, un prestigioso estomatólogo que, junto con su hermano menor, el editor José Ortega, estaban buscando sin éxito financiación para otro nuevo periódico que se llamaría *El Espectador*. Miguel le dijo a Valcárcel:

«Yo soy médico y de esto no sé nada. Hablad con mi hermano pequeño José, que es quien lleva la *Revista de Occidente* y Alianza Editorial».

Así apareció José Ortega Spottorno. A su hermano le rondaba desde hacía años la idea de un diario liberal. «La idea de *El País* se me ocurrió en 1971, al sentir la necesidad nacional de un periódico independiente que defendiese la libertad y la democracia por venir. Redacté sus principios ideológicos, incorporados después al Estatuto de Redacción, el primero, por cierto, que ha tenido una publicación en España. He sido desde el primer momento, y durante 12 años, presidente de la Junta de Fundadores y del Consejo de Administración de PRISA, editora de este periódico. Pero no me gusta que me llamen fundador. Toda aventura empresarial –y esta lo fue en superlativo– es obra de muchos», recordaría Ortega[3]. «Yo fui un iniciador, un promotor, un entusiasta, con la punta de locura suficiente para emprender la aventura. Gozaba de un poder de convocatoria a la que acudieron más de 1.000 accionistas». «A partir de entonces, avanzamos, Mendo y yo –rememora Valcárcel–, en una doble lista de accionistas. Con ella, 118 socios procedentes de mí y medio centenar de Mendo, volvimos a hablar con Ortega. Los accionistas buscados por mí representaban en torno a un tercio del capital. El editor de la *Revista de Occidente* añadió una lista de 20 editores y 110 profesores, escritores, intelectuales, próximos a la revista fundada por Ortega y Gasset. Entre los editores, dos destacaban por su empuje, Pablo García Arenal y Jesús Polanco. García Arenal era un extraordinario tipo, culto, medidor de sus palabras. Polanco era perspicaz y frío, salvo cuando se calentaba. A lo largo de diez años le vi al rojo vivo en tres ocasiones»[4]. Mendo y Valcárcel buscaban hacer un diario que fuese

la voz y la certidumbre de la democracia española. «Había existido, y aún existía, prensa no sólo democrática, sino ejemplarmente militante en la defensa de la libertad de expresión, revistas como *Cuadernos para el Diálogo*, *Triunfo* o *Cambio16*, pero, como le ocurrió a todo el antifranquismo, las ganas de dejar atrás el pasado y el deseo vehemente de crear un país nuevo no contaminado por ese pasado al que pertenecían tanto los franquistas como los antifranquistas le hicieron poner no sólo sus esperanzas, sino su fe en un proyecto que se presentaba como imaculado. Esos otros proyectos fueron desapareciendo ante un periódico que concentraba todas las expectativas de futuro»[5]. Fue Areilza, que conocía a Polanco de los tiempos de Fedisa, una de las tantas operaciones políticas a espaldas del dictador, quien mejor resumió lo que debía ser *El País*: «Aspiraba a satisfacer el ansia de un sector de la sociedad española que no quería ni revolución ni guerra civil. El nuevo periódico apostaba por el porvenir democrático de la nación; el relevante papel que en la construcción futura había de tener la Corona y la corriente modernizadora de nuestras costumbres en la historia contemporánea de España». Pero los desinteresados accionistas se toparon con Polanco, «que no quería entrar en nada político», según le dijo a Areilza. Sólo era un empresario que quería hacer negocios *as usual*.

El nacimiento de Prisa

Ortega, Mendo y Valcárcel sumaron al proyecto a Juan José de Carlos[6], abogado y amigo de Ortega, y a Ramón Jordán de Urríes, amigo de Valcárcel, culto y rico proveniente del círculo monárquico de don Juan de Borbón. Los cinco constituyen con un capital de 500.000 pesetas [3.000 euros] la entidad Promotora de Informaciones Sociedad Anónima, PRISA, el 18 de enero de 1972 en la notaría de Felipe Gómez-Acebo Santos. Cinco nombres que formarían la Junta de Fundadores, un órgano vital encargado de «velar por la permanencia de los fines ideológicos» del periódico, según preveía la Ley de Prensa de 1966[7]. El cofre con las esencias periodísticas vigiladas por su presidente, el honorable Ortega Spottorno, un hombre bien visto por los «aperturistas» del franquismo, a pesar de haber servido militarmente al bando nacional durante la Guerra Civil. «El grupo

ofreció una cena en *El País* en honor de los responsables del Ministerio de Agricultura. Poco después, José Ortega Spottorno, destituido de Alianza Editorial y privado de su sueldo, recibió un puesto en dicho departamento ministerial. Entretanto, *El País* publicó extensas informaciones en loor de la editorial Santillana, propiedad de Polanco, y varios editoriales pidiendo al Gobierno ayudas para la exportación de libros de texto. La editorial de Polanco tiene un creciente volumen de negocio con Chile, Argentina y otros países iberoamericanos»[\[53\]](#).

Valcárcel acusó al presidente de PRISA de haber vendido a Diego Hidalgo las acciones en la más absoluta ilegalidad y al margen de lo que establecían los estatutos. Llevó el tema a la Junta de Fundadores, pero allí fue traicionado por su amigo Ramón Jordán, que dijo no recordar nada sobre la venta de las acciones del *molt* honorable Ortega. Valcárcel se dio cuenta de que ya no le quedaban amigos en el accionariado de PRISA.

La verdadera historia de la «operación Trevijano»

Valcárcel encontró en el abogado Antonio García-Trevijano el mecenas que necesitaba para hacerse, en silencio, con un paquete de acciones que le permitiera desterrar a Polanco de *El País*. García-Trevijano era conocido por su papel en la fusión de la Junta Democrática de España, creada por él mismo en 1974, con la Plataforma de Convergencia Democrática, dando lugar a la denominada Platajunta, que unió en un solo frente todas las fuerzas políticas de oposición al régimen franquista. El sueño de este ambicioso y brillante abogado granadino fue ser presidente de una España republicana («El hombre que quiso ser presidente» fue el titular de un perfil suyo de 1979 en *El Nuevo Lunes*), hasta que un explosivo dossier sobre sus supuestos negocios en la Guinea Ecuatorial del dictador y genocida Francisco Macías enterró sus aspiraciones políticas. Trevijano, que siempre negó esas acusaciones, se propuso a comienzos de los años ochenta controlar el Grupo PRISA. Dueño de una considerable fortuna, el abogado comenzó a comprar acciones de PRISA a través de Darío Valcárcel –al no ser accionista, Trevijano no tenía derecho preferente– en metálico y en el más absoluto de los silencios.

Cuando Trevijano consiguió poseer el 28 por ciento de las acciones, se convirtió en el mayor accionista de PRISA, superando al propio Polanco, que tenía un 14 por ciento. Como dijo el periodista de *Interviú* Pedro Rodríguez, uno de sus mayores enemigos, tener la mayoría accionarial de *El País* equivalía a una vicepresidencia de Gobierno. La operación se complicó cuando Cebrián se entera —a través de Felipe González— de que Trevijano ya es el accionista mayoritario de PRISA y amenaza con desbancar a Polanco. El patrón ordenó a sus hombres cercar a Trevijano ofreciéndole comprar sus acciones. «Polanco se entera de que estoy comprando acciones —me cuenta Trevijano— y envía a Cebrián a verme a mi despacho muerto de miedo. Yo no tenía derecho preferente. Vino a tantearme y no solté prenda. Luego me llama por teléfono y hace lo que no se atrevió a hacer en mi despacho en la Castellana 102 porque le hubiera corrido a porrazos: amenazarme.

—Que sepas que te vamos a hacer la vida imposible, que tengo hasta a los trabajadores de los talleres esperando mi orden para detener las rotativas e ir a la huelga en apoyo de Polanco.

Cebrián da una versión diferente de su encuentro con Trevijano, que tuvo lugar en casa de Beatriz Salmones, la pareja de Valcárcel: «Me recibió en casa de Beatriz con gran cordialidad y, cuando después de los prolegómenos obligados quedamos solos ante una taza de café, tomó la iniciativa^[54]:

—Sé que Polanco y tú tenéis un pacto, pero te has equivocado de aliado. El primer accionista del periódico, de lejos, soy yo y quiero ponerme de acuerdo contigo. Tengo prácticamente el 20 por ciento de las acciones, y puedo tener todavía mucho más, de modo que soy a fin de cuentas su dueño, aunque sé que nada de eso me vale sin tu apoyo, porque tú controlas la redacción. Te garantizo autonomía e independencia absoluta en la línea editorial. Mi única ambición es presidir la tercera república española, y en este punto concreto quiero ser claro contigo.

Cebrián le dice que se lo va a pensar, y acude corriendo a contarle todo a Polanco. El patrón da orden al Consejo de Administración de PRISA de comprar las acciones de Trevijano tras la denuncia del director de *El País* ante los consejeros de que Valcárcel está compinchado con el abogado republicano.

Mientras tanto, Trevijano seguía opositando a controlar PRISA y desbancar a Polanco. Para conseguirlo, entrega a Darío Valcárcel un maletín

con 25 millones de pesetas (150.000 euros) para comprar un 6 por ciento de las acciones de la familia Noguera y de una cementera de Valencia poseedora de otro 4 por ciento. Pero la maniobra llega a oídos de Polanco, que la frena pactando con los valencianos para que no vendieran sus acciones a Trevijano. «Ahí me doy cuenta de que no voy a llegar al 51 por ciento y que no me queda otra que negociar con Polanco», dice Trevijano.

Y sucede algo increíble: a Darío Valcárcel y al maletín con el dinero se los traga la tierra. Trevijano no tiene idea de dónde se ha metido el hijo del marqués. Polanco lanza otra ofensiva y envía a uno de sus fontaneros, Ramón Mendoza, para perseguir al abogado de sol a sol durante 15 días para conseguir que Trevijano hincara la rodilla y soltara sus acciones[55]. «Al final acordamos la venta en su chalet en La Florida, a donde acuden Javier Baviano, Juan Luis Cebrián, Ramón Mendoza y Jesús Polanco».

«Quedamos en reunirnos un día a las 17:00 en mi despacho para firmar la venta. Y esto que te voy a contar no se lo he contado a nadie. A las 16:00 aparecen Darío Valcárcel con Rafael Pérez Escolar en calidad de abogado. “¿No pensarás que ha trabajado en balde?”, me dice, a lo que pregunto: “¿Y en qué te has gastado los 25 millones?”. Y Pérez Escolar me responde: «¡En “taxis”!». Yo no lo podía creer. Y también querían que pagara un millón de pesetas en concepto de minuta a Escolar.»

La situación era desopilante. Mientras en un despacho Trevijano negociaba con Valcárcel y Pérez Escolar a gritos («¡Chantajistas! ¡Sinvergüenzas!»), en otro despacho los edecanes de Polanco –Baviano, Valero, Mendoza y García Añoveros– aguardaban a Trevijano para comprarle sus acciones a toca teja con un maletín de 70 millones de pesetas en efectivo. «Era un espectáculo lamentable –continúa Trevijano–. Darío callado como una puerta, Pérez Escolar al habla todo el rato. Yo trago con todo porque no tenía otra salida, ya que Valcárcel me había traicionado y sin él yo no podía vender a Polanco. En lo único que me niego es a pagar la minuta de Escolar. Entonces amenazan con marcharse. Cedo. Y así fue como le vendí a Polanco, con la condición de que el reparto de las acciones fuera proporcional y que no quedara todo en manos de él. Años después, Valcárcel me diría que estaba arrepentido, pero no de haberse quedado con mi dinero, sino... ¡de la minuta de Pérez Escolar! “Tú eres un sinvergüenza”, le respondí.»

No se sabe con exactitud la millonaria plusvalía que se llevó Trevijano con la venta de sus acciones, pero sí que Polanco las pagó con dinero «opaco» (¿quizá de las comisiones de la importación de petróleo soviético que Ramón Mendoza poseía en exclusiva?). Tan opaco que, una vez firmadas las transacciones y en el momento de las despedidas, Pérez Escolar metió su mano en el montón de billetes en efectivo y con hábil rapidez se llevó un paquete de cinco millones de pesetas.

«¡Esto es para mí!»[\[56\]](#), dijo con desparpajo.

[\[1\]](#) D. Valcárcel, «Carlos Mendo y el nacimiento de *El País*», *ABC*, 27 de septiembre de 2010.

[\[2\]](#) J. Cacho, *El negocio de la libertad*, cit., p. 93.

[\[3\]](#) J. Ortega Spottorno, «Una aventura que mereció la pena», *El País*, 20 de junio de 1984.

[\[4\]](#) D. Valcárcel, «Carlos Mendo y el nacimiento de *El País*», cit.

[\[5\]](#) S. de Toro, «Qué fue del país, qué fue de *El País* (y 2)», *eldiario.es*, 18 de noviembre de 2015.

[\[6\]](#) Amigo íntimo de José Ortega Spottorno desde la creación de Alianza Editorial en 1959, Juan José de Carlos y Aparicio (1914-1993) estuvo en PRISA desde su fundación. Fue el redactor de sus Estatutos Sociales, secretario y miembro de su Consejo de Administración desde su constitución en 1972 hasta la salida de Ortega en 1983.

[\[7\]](#) M. Cruz Seoane y S. Sueiro, *Una historia de El País y del grupo PRISA*, Barcelona, Plaza y Janés, 2004, p. 23.

[\[8\]](#) D. Valcárcel, «Carlos Mendoy el nacimiento de *El País*», cit.

[\[9\]](#) *Ibid.*

[\[10\]](#) Entrevista a Juan Luis Cebrián en *Jot Down*, abril de 2012.

[\[11\]](#) J. Cruz, «Vida y susurros de un editor y de un hombre de acción», *El País*, 14 de noviembre de 2016.

[\[12\]](#) J. L. Cebrián, *Primera página*, cit., p. 162.

[\[13\]](#) R. Pérez Escolar, *op. cit.*, p. 133.

[\[14\]](#) J. L. Cebrián, «¿Qué hará Fraga?», *Informaciones*, 5 de diciembre de 1974.

[\[15\]](#) Entrevista de J. F. Lamata a Manuel Milián Mestre en *Periodista Digital*: «Fraga quedó deslumbrado por Cebrián, su defecto era no percibir bien a la gente», 3 de febrero de 2012.

[\[16\]](#) *Informaciones*, 18 de diciembre de 1975. Cebrián contó que le llamaban «joven Maura» porque, en el comienzo de la Transición, «me veían como el salvador de la derecha española y quien la modernizaría, puesto que nunca he sido un hombre netamente de izquierdas ni he estado alineado con ningún partido político. He sido fundamentalmente un liberal». «Los vaivenes de *El País* de Juan Luis Cebrián», blog *Negro sobre blanco*.

[\[17\]](#) M. Cruz Seoane y S. Sueiro, *op. cit.*, pp. 51-54.

por el rey fue una bendición para la joven redacción de la calle Miguel Yuste: «En las plantas de arriba, esperaban que Areilza fuera el elegido; estaba preparada la entrevista y una recepción editorial esperanzadora, de aliento para otra forma de gobernar. El cálculo era muy infundado, nunca tuvo posibilidades Areilza, pero la ilusión ofusca. La designación de Suárez produjo consternación, más de lo mismo, un falangista desteñido, la crítica del nuevo diario fue dura. En la redacción el sentimiento fue muy distinto; con Areilza en el Gobierno *El País* hubiera sido el diario oficial, y eso hubiera sido fatal para el nuevo y joven periódico. Contra Suárez *El País* pudo desplegar sus capacidades profesionales y convertirse en el diario de referencia de la Transición. Crítico, pero también leal en lo esencial»[33]. Contra Suárez estuvieron todos, no sólo *El País*. Al final, el tiempo demostró que los que habían caído en un error, «un inmenso error», eran los mayordomos del conde de Motrico, pese a que en los años posteriores presumieron de haber sido ellos quienes trajeron la democracia a España.

El País y la Transición

Tenía razón Francisco Umbral cuando dijo que Polanco había hecho «del “sueño artrósico de Ortega” (un periódico donde escribieron Julián Marías y Laín Entralgo) una realidad moderna y liberal». Y lo hizo gracias a Cebrián, «un zorro escapado de todas las cacerías del zorro que franquistas y comunistas, muy ingleses ellos, organizaban todos los días a través de España y sus desmontes»[34]. Emilio Romero reconoció que, así como nadie se moría hasta que no salía su esquila en *ABC*, de la misma manera nadie existía si no salía en las páginas de *El País*. El trato de lujo que los ministros daban a sus corresponsales políticos llevó a que sus competidores acuñaran eso de que «las ruedas de prensa no empiezan hasta que no llega el redactor de *El País*», retraso que solía ser premiado, además, con alguna filtración exclusiva. La arrogancia de sus periodistas sería con el tiempo toda una marca de la casa PRISA. Presumían de que una noticia no era noticia si no se publicaba en el diario de Polanco.

Esa soberbia fue el pecado original del «cebrianismo». A medida que aumentaba la influencia del periódico, sus directivos y redactores miraban con suficiencia al personal y se sentían con derecho para repartir

certificados de demócrata. Fue el diario que concibió al «progre», seña de identidad de esa especie etnográfica surgida en democracia, a imagen y semejanza de su director Juan Luis Cebrián, hacedor de ese invisible sistema de creencias que amoldó al español de la Transición. *El País* llegó a la madurez el 23-F, cuando se desplegó como una barricada frente a los golpistas. A partir de ese instante, no sólo alcanzó la mayoría de edad, sino que fue tomado por un referente de la democracia, como dijo Vicent. El secreto del éxito fue seducir a esos jóvenes que «usaban pantalones de campana, jersey de cuello alto, patillas hasta media mejilla y zapatos con alza bajo las canciones de Los Brincos»[35]. Gustaban de exhibirse con un ejemplar de *El País* bajo el brazo como un amuleto fetiche porque era el periódico del *establishment*. La redacción de Miguel Yuste, conformada en su mayoría por periodistas que venían del aperturista vespertino *Informaciones*, así como de las revistas *Triunfo* y *Cuadernos para el Diálogo*, juró entre pocas excepciones fidelidad a los principios de Polanco. Sus mandamientos cabían en una línea: servir al poder y servirse del poder. «No necesitaban que Polanco les diera órdenes porque ya se encargaban ellos mismos de darle el gusto»[36]. Hacían un periódico que «no pretendía derribar a ningún Gobierno. Le bastaba con saber que podía levantar de la cama al presidente y obligarle a leer un editorial en pijama»[37]. Y era cierto. Estaban convencidos de que *El País* no era un medio, sino un fin, una institución y no un simple periódico. Algunos, más que periodistas, eran verdaderos creyentes. Ese cóctel de arrogancia y superioridad, sumado al escandaloso trato de favor que le obsequió el felipismo, hizo surgir un odio visceral en trincheras rivales contra Cebrián y Polanco.

«Mientras *El País* fue hegemónico, miró con benevolencia a los demás, [pero cuando salió *El Mundo* en 1989] el ambiente empezó a encabronarse, cundió la sensación de que el diario contemporizaba o encubría. La reacción fue típicamente paranoica: estamos rodeados», recuerda un ex de *El País* como Enric González. «Arrastrábamos una mentalidad muy propia del siglo xx: la sumisión a la maquinaria, la devoción por el diario como institución totémica, el gusto por la rutina funcionarial. Interiorizamos el hombre masa y el militante comunista»[38]. Las críticas más duras solían venir de periodistas que habían trabajado en *El País* y que salieron de PRISA como quien escapa de un internado, como fueron los casos de Pablo Sebastián, Jesús Cacho y José Luis Martín Prieto. Cebrián lo achacaba a

que sus enemigos nunca le habían perdonado el éxito del periódico: «El éxito fue el partero de la envidia ajena, el infierno cabal de nuestras vidas, el purgatorio de nuestras miserias»[\[39\]](#), afirmó solemne en un homenaje a Polanco en el Círculo de Bellas Artes en 2007, atiborrado de altos cargos del PSOE. Se consolaba pensando que a Polanco le correspondió pagar ¡el precio de la independencia!: «El infierno son los bobos, Jesús. Qué le vamos a hacer si hay tantos». Cebrián fue el «valido» de Polanco desde los primeros años de *El País* y la consolidación de PRISA, el delfín del editor de prensa dueño del mayor imperio mediático español. Ambos presumían de que *El País* había nacido para contribuir a la construcción de la democracia y a la modernización social de España. Pronto el jefe y su edecán se adueñaron del relato de la Transición como si les perteneciera. Creían que este país, el de las dos Españas, les debía mucho por todo lo que habían hecho para enterrar al franquismo. «Nuestra democracia tiene una deuda con Jesús Polanco», se quejaba Cebrián, cuando la verdad era más bien la contraria. El tándem siempre tuvo la más alta consideración de sí mismo, como pudo verse en la semblanza que le dedicó *El País* con motivo de la celebración de los cuarenta años: «Juan Luis Cebrián. Director desde el 4 de mayo de 1976 hasta el 20 de octubre de 1988. Impulsó *El País* como el diario en español más importante del mundo. Marcó la opinión nacional desde la Transición. Su decisión de sacar el periódico a la calle el 23F fue fundamental en la resolución civil del golpe de Estado».

El periodismo también se alimenta de mitos. En la Transición, el más importante es el de la reforma. Antonio García Trevijano elaboró una atractiva tesis en torno al papel de *El País* en la Transición: «Aquí hubo unos periódicos que, como *ABC*, *La Vanguardia* o el *Ya*, crearon la ideología contra la ruptura, creando un clima de miedo social y miedo político, de que la ruptura era sinónimo de guerra civil, de revolución o de destroz o desorden. Toda la Transición se distingue porque aparece la apetencia de lo moderno, porque es distinto, en comparación con la prensa establecida. El mensaje es “reforma sí, ruptura no”. Ahí *El País* no inventa nada, sólo que su diseño moderno, europeo, lo hace parecer distinto. ¿Aporta algo nuevo? Sí, toda la periferia de la noticia, la periferia del editorial, en otras palabras, el aparato cultural. Lo que se puede determinar desde dentro del periódico: noticia y opinión. Por eso las personas que se

quieren desmarcar del franquismo se colocan *El País* debajo del brazo. Para que los vean con él. Y eso es un signo de distinción, un estatus»[40].

«*El País* señaló las líneas del campo de juego –continúa Trevijano–. No las reglas del juego, que estaban señaladas en la reforma, sino las del campo de juego. Hasta aquí sí, hasta aquí no; por la derecha y la izquierda. Y todos los partidos del arco parlamentario han sido sumisos a los límites marcados por el diario de PRISA. Y el campo de juego es la Constitución, porque es en ese campo donde saben que sus intereses no serán discutidos».

Toda desviación respecto al consenso será bautizada como «crispación» y será aplastada por la implacable maquinaria cultural de PRISA. Cebrián, como Polanco, no aspiran a tener el poder, sino a orientarlo, a ser sus administradores. La misma aspiración que tenían Anson y Pedro J. Ramírez. Eso es lo que quiso decir Gramsci con «hegemonía». La hegemonía son los límites del campo de juego. La hegemonía son las ideas fuerza, la información entendida como consignas establecidas que condicionan a la opinión pública. Esas ideas fuerza fueron monopolizadas por el diario *El País*. Y fue Cebrián quien interpretó las ideas fuerza de una sociedad con miedo, el suministrador de la sintaxis de la Transición a una sociedad que necesitaba la protección del Estado y que quería ser tutelada por una oligarquía cuyo medio de referencia era *El País*. «Y si el diario de Cebrián y Polanco es un intelectual orgánico, no lo es de la Transición, que es una idea de la prensa franquista, sino del PSOE, con los señores Pradera y Clemente Auger como ideólogos de los políticos socialistas que venían a pedir sus instrucciones», opina Trevijano.

El País favoreció la libertad de expresión, pero siempre dentro de los límites que marcaban ellos, y esos límites eran los del consenso. Y el consenso, como dice Trevijano, «evita pensar». Quien mejor ha estudiado la idea del consenso ha sido Ignacio Ruiz Quintano desde las páginas del *ABC*. Para Quintano, dicha idea es similar a la de *reparto*, la que ha permitido que «nuestros políticos creen que España es una colonia suya y que, si ellos deciden (eso sí, todos, por consenso), la ponen en el mercado o se la reparten». El consenso es sagrado, es la idea fuerza que establece Cebrián desde las páginas de *El País*, el diario de la Corona, de la banca y de la oligarquía socialista, que adormece a los que cuestionan el reparto. Para Quintano, el consenso es para la democracia lo que el *pressing catch* para el boxeo. «Se basa en la trampa del “como si”, cuando la realidad es

que todo es un hablar por hablar, porque en el consenso “los problemas se ordenan, no se resuelven”».

Y el anestesista de ese sueño eterno llamado consenso, su ideólogo, ha sido Juan Luis Cebrián, el mismo que intenta vender la idea de la reconciliación, que no era otra cosa que el temor a que el diario de PRISA te colgara la etiqueta de fascista.

[1] L. Carandell, «Lecciones de democracia», *Diario16*, 20 de junio de 1979.

[2] ABC, 4 de junio de 1966. El 2 de marzo de 1994 en Barcelona, en un debate sobre «El papel de los medios de comunicación durante la Transición», Cebrián tuvo la desfachatez de decir que «ABC es el representante más genuino de los 40 años de franquismo de este país porque nutrió ideológicamente a las fuerzas de la derecha española que desataron la Guerra Civil».

[3] R. de la Cierva, *España: la sociedad violada*, Barcelona, Planeta, 1989: «Al asumir un periodista, ya prestigioso pese a su juventud, procedente del Movimiento y formado en la estupenda escuela de Emilio Romero –Juan Luis Cebrián–, la jefatura de Informativos en la TVE de 1974, bajo la dirección general de Juan Rosón y el ministerio aperturista de Información regido por Pío Cabanillas, no desmintió jamás la acrisolada fidelidad franquista que de él se esperaba, no mostró signos de apoyo a la oposición antifranquista e incluso incidió sin vacilaciones en el colaboracionismo, sobre todo en el reportaje hagiográfico que preparó para la frustrada muerte de Franco con su tromboflebitis estival de 1974».

[4] EFE, 4 de mayo de 2016.

[5] Para conocer la intrahistoria de esta exclusiva, véase el libro de J. Apezarena, *Los periodistas del pisotón. La epopeya de Europa Press*, Madrid, Eunsa, 2016.

[6] F. Ónega, «El Péndulo», *Arriba*, 21 de noviembre de 1975.

[7] E. Romero, «Franco», *Arriba*, 21 de noviembre de 1975.

[8] V. Cebrián, «Franco ha muerto», *Pueblo*, 21 de noviembre de 1975.

[9] J. Campmany, «Franco, ese sindicalista», *Pueblo*, 21 de noviembre de 1975.

[10] C. Godó Valls, «Una obra extraordinaria que ha cambiado radicalmente España», *La Vanguardia*, 21 de noviembre de 1975. Pedro Fernández Barbadillo detalla la agradecida colaboración de los Godó con el franquismo en «¿Cuánto sufrieron los Godó bajo el franquismo?», *Libertad Digital*, 25 de septiembre de 2015.

[11] G. Morán, *El precio de la Transición*, Madrid, Akal, 2016, p. 100.

[12] *Ibid.*, pp. 88-89.

[13] ABC, 21 de septiembre de 2015.

[14] ABC, 23 de julio de 2014.

[15] J. L. Cebrián, *La rusa*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1986, p. 81.

[16] *Ibid.*, p. 101.

Gobierno ha lanzado contra los medios de comunicación que no le son sumisos, empezamos a sospechar que nos encontramos ante una mezcla de estilos entre la bravuconería fascista y la manipulación informativa en la que eran expertos los nazis»[26]. PRISA sabe golpear donde más duele al aznarismo: removiéndolo sus complejos franquistas. Y para eso contó con la invalorable ayuda de Felipe González, que actuó como un accionista más, diciendo que Jordi Pujol, socio de Gobierno de Aznar, jamás apoyaría una medida *estalinista* como el decreto ley sobre la televisión digital. Las duras palabras del expresidente socialista no eran inocentes. El talón de Aquiles de Aznar era su soledad parlamentaria, y González era plenamente consciente de que el PP se jugaba la legislatura si desafiaba a CiU, que con sus votos le sostenía en el Parlamento. Como confesaban los dirigentes convergentes en privado, «resultaría ridículo que Pujol y CiU dejaran a un lado editores de prensa como Polanco o Asensio o bancos como el BBV y Bankinter, para alinearse con un grupo de periodistas mediáticos como Pedro J. o Antonio Herrero que han denostado a Cataluña un día sí y otro no»[27]. Jordi Pujol, verdadero árbitro de la guerra digital, llamó al orden a Polanco y Aznar para firmar la paz digital y desde el Gobierno ordenaron un alto el fuego. El objetivo se había cumplido: hacer llegar a Polanco el mensaje de que «de nosotros no se ríe nadie». A partir de entonces el magnate se lo iba a pensar dos veces antes de volver a tocarle las narices al «bigotitos». En plena retirada, con la mirada puesta en las encuestas –la guerra contra PRISA desgasta sin generar votos–, Aznar está listo para firmar una tregua con Polanco. Un armisticio que tendrá que esperar porque una mina anti-Polanco enterrada en la contabilidad de Sogecable, la empresa propietaria de Canal+, hará volar por los aires sus planes.

El caso Sogecable

—Tengo algo que mostrarte. ¿Podemos vernos en el hotel Villa Magna?

—¿Ahora?

—Sí, es un informe confidencial sobre PRISA. Tienes que verlo con urgencia.

Ese sábado por la tarde a mediados de enero de 1997, Miguel Ángel Rodríguez y Pedro J. Ramírez se reúnen en uno de los hoteles más emblemáticos de Madrid. El portavoz del Gobierno, necesitado de sumarse algún tanto ante su jefe tras su defenestración por el «pacto de Nochebuena», le entrega al director de *El Mundo* una copia de un dictamen elaborado por los economistas Ramón Tamames y Gerardo Ortega a petición del Gobierno de Aznar[28] en el que se concluye que Canal+ utilizó las fianzas de los descodificadores para financiar sus inversiones, una irregularidad contable que podría haber vulnerado el artículo 1.767 del Código Civil, que prohíbe al depositario servirse del depósito sin permiso expreso del depositante.

Antes que Pedro J., el informe de Sogecable ya había caído en las manos de Luis María Anson, que no tenía ningún interés en publicarlo, porque, como él mismo decía entre risas, «para hacerle los trabajos sucios al Gobierno estaba *El Mundo*». En una cena en su babilónico despacho de *ABC* en diciembre de 1996, Anson presume de tener una copia del informe «elaborado por Vicepresidencia de Gobierno», en el que, según él, se demostraba que Sogecable había cometido una «apropiación indebida de miles de millones de pesetas». Sus invitados le miran extasiados. Son miembros destacados de la judicatura española, hombres de toga que suelen reunirse en el restaurante Lhardy para contarse sus confidencias, por las que cualquier diario pagaría su precio en oro. Hablamos de los jueces Joaquín Navarro Estevan, Jesús Neira y Baltasar Garzón, y el *cheerleader* del grupo, el abogado republicano Antonio García-Trevijano. Ante semejante revelación, a García-Trevijano, enemigo público de PRISA, se le salían los ojos de las órbitas por el asombro: «Si esto es así, es el fin de Polanco en cuanto llegue a manos de un juez». Trevijano le pide una copia del documento. Anson hace una llamada y al rato le entrega un sobre cerrado, insistiendo en que aquello era una bomba contra Polanco y el felipismo[29]. Y Garzón, cuenta uno de los testigos de esa cena, el juez Navarro Estevan, «dijo, con la desenvoltura que le caracteriza, que aquello era una apropiación indebida de libro» y que, si le correspondiese el conocimiento del asunto, «su primera disposición sería meter a Polanco y Cebrián en la cárcel»[30].

presidente de la Sala a la que pertenecía Gómez de Liaño y magistrado del Tribunal Supremo, fue crucial para debilitar al juez instructor[60]. Estas decisiones provocaron a Liaño una úlcera que le tuvo varios días en cama.

«Con su actitud callada me daban a entender [desde el CGPJ] que lo mejor era no seguir adelante, que hiciera la vista gorda y me limitara a hacer una faena de aliño y cerrar el asunto», lamentaría[61]. Las togas escondían puñales.

El querrellazo

Fue en el año 1988 cuando Gómez de Liaño conoció a Baltasar Garzón. Estaba de magistrado de la Sala de lo Penal de la Audiencia Nacional y él llegaba al Juzgado Central Número 5 en sustitución de Francisco Castro Meije. Garzón venía del servicio de inspección del Consejo General del Poder Judicial y su relación no pasaba de un simple saludo. Carmen Tagle, que guardaba un buen concepto de él, le ponía reparos en el plano personal por su afán de relumbrar y su neurosis por ocupar el primer lugar de la creación. «No hay más que verle cómo sube con paso estudiado y la mirada puesta en el infinito las escaleras de la Audiencia Nacional, con la cartera en la mano fingiendo no ver a nadie y simulando preocupación», le dijo una amiga con tan buen ojo como mala leche[62].

Gómez de Liaño sentía debilidad por Garzón. Pero Garzón no sentía lo mismo por él. Ni tampoco por la fiscal María Dolores Márquez de Prado. Garzón dice que desde un primer momento vio que todo el entorno de Liaño estaba compinchado contra PRISA. «Ella enlazó a los diferentes personajes –escribe Garzón– y coordinó las acciones, tanto dentro como fuera de la Audiencia Nacional. Su hermana era la esposa del hijo de Jaime Campmany, director de *Época* y denunciante en el caso. ¿Quién utilizó a Campmany? Un amigo, diputado del PP en esa época, apuntó a Francisco Álvarez Cascos, José María Michavila y Pedro J. Ramírez. Tampoco fue ajeno Rafael Pérez Escolar, un hombre de Mario Conde, que había salvado *Época* de la quiebra»[63].

En Garzón caerá la querrela que pondrá el caso Sogecable patas arribas: la recusación de Liaño por parte de Juan Luis Cebrián. «A pesar de la inconsistencia de los motivos de la recusación –cuyo “cerebro” fue

Clemente Auger—, lo que me hubiera permitido rechazarla de plano por fraude de ley y abuso de derecho, me pareció adecuado abrir el trámite, apartarme provisionalmente del asunto y dejar que fuera Baltasar Garzón, mi sustituto legal, quien resolviera el incidente procesal. Estaba seguro de que la recusación no podría prosperar. Estoy convencido de que el día que Baltasar Garzón me comentó que Clemente Auger le había llamado para decirle que Polanco y Cebrián se conformaban con que no hubiera medidas cautelares y yo le respondí con un expresivo silencio, la suerte estaba echada. El objetivo de Baltasar era apartarme de la instrucción. Según se descubrió posteriormente, él había urdido el incidente de recusación con personas como el exministro de Hacienda y consejero de PRISA, Jaime García Añoveros, quien se prestó a comparecer en el incidente en calidad de testigo para responder a una lista de preguntas que llevaba en la cartera. Todo demostraba que Baltasar estaba comprometido con el asunto y que cumplía sin rechistar el encargo encomendado. Era su juego»[64].

A finales de mayo de 1997, entra en juego García Añoveros, un hombre de Polanco, que convocó a sus amigos Garzón y Joaquín Navarro Estevan en el restaurante Pazo de Monterrey para comunicarles una noticia:

«Juan Luis Cebrián va a recusar a Gómez de Liaño.»

Como dice Díaz-Herrera, su forma de proceder, aunque en muchos momentos «pareciera estúpida, no era inocente. García Añoveros actuaba como enviado de Matías Cortés, Horacio Oliva y el equipo de abogados de PRISA para valorar la reacción de los dos jueces, especialmente de Garzón, que debía resolver el incidente». El 18 de junio la tertulia de Lhardy se traslada a Pazo de Monterrey. Garzón se pone colérico cuando le hablan de Liaño:

«Sabéis lo que os digo: si por fin Cebrián opta por presentar la recusación, no tendré más remedio que freírle los huevos a Javier.»

El juez no tuvo reparo en hacer ese comentario delante de dos periodistas de *El País* —Bonifacio de la Cuadra y Soledad Alameda— y de un edecán de Polanco como Jaime García Añoveros. PRISA tiene ojos y oídos en todos lados. Cuando le llegó esa información a Cebrián, ya sabía lo que tenía que hacer.

En septiembre de 1997, Baltasar Garzón decidió abstenerse de instruir la recusación presentada por Juan Luis Cebrián, consejero delegado de Sogecable, contra el juez Javier Gómez de Liaño. Carlos Carnicero afirmó

que Garzón lo había pactado con PRISA en un desayuno en Nueva York en el que participaron Antonio Navalón, Matías Cortés y Jaime García Añoveros. La abstención de Garzón desembocó en el archivo del caso Sogecable al conseguir apartar a Gómez de Liaño de la causa. A partir de ese momento, Garzón recibió un trato exquisito por parte de *El País*. Aquí la figura clave es Antonio Navalón y la «Tijuana Connection», como la bautizó Casimiro García-Abadillo:

Les recuerdo que fue Garzón quien, en un auto también para enmarcar, en el que se abstenía sobre la recusación de su compañero Gómez de Liaño, permitió no sólo que la querrela muriera de inanición, sino que coadyuvó a la posterior condena de su, en tiempos, amigo y aliado. El nexo entre Garzón y el Grupo PRISA fue, ya lo habrán adivinado, Antonio Navalón. Nada mejor que acudir a la biografía que Pilar Urbano hizo del juez que veía amanecer para comprender por qué, después del ajusticiamiento de Gómez de Liaño, Navalón aterrizó con todos los honores en México como representante plenipotenciario del Grupo PRISA. Navalón aparece en todas las reuniones clave. Aquellas que permitieron montar el artificio que facilitó la recusación del juez y su posterior condena por un inexistente delito de prevaricación (como demuestra la sentencia del Tribunal de Estrasburgo de 2008, para vergüenza de la Sala Segunda del Tribunal Supremo, Bacigalupo mediante). Sólo mencionaré un detalle. En una tarde de finales de marzo de 2007 (ya absuelto de Argentinia Trust, también ayudado por Jaime García Añoveros, consejero de PRISA, como reconoció él mismo ante el Supremo), Navalón recibió una llamada del juez Joaquín Navarro en la que le informaba de que el abogado Antonio García-Trevijano le había leído el supuesto auto dictando la prisión de Polanco. ¿Quién dio todos los argumentos a Matías Cortés, abogado de Polanco, para inhabilitar a Gómez de Liaño? Navalón. ¿Quién puso sobre la mesa no sólo los datos, sino que le hizo ver a Garzón los enormes beneficios que obtendría a cambio para que se abstuviera sobre la recusación? Navalón[65].

Años después, Gómez de Liaño[66] afirmó que había habido jueces que recibieron «distracciones» para dictar fallos a favor de PRISA.

[1] F. Estapé, *Sin acuse de recibo*, Barcelona, Plaza & Janés, 2000, p. 291.

[2] El acuerdo consistía en la creación de dos sociedades. Una de ellas –Audiovisual Sport– detentará los derechos de retransmisión de los partidos de fútbol de primera y segunda división. Canal+ tendrá el 40 por ciento; Antena 3/GMA, el otro 40 por ciento; y la catalana TV3 el 20 por